

es su *propia necesidad*, que hizo el mundo, y que antes de hacerlo le tenía pensado (1). Este Dios no es indiferente á las cosas del mundo, ama á los hombres y nosotros somos semejantes á él y miembros suyos (2). Entre él y los hombres de bien hay amistad, parentesco, semejanza; sus almas son rayos de su luz; nadie es bueno sin él; y cuando la virtud nos ha hecho dignos de unirnos á él, él viene á nosotros, á nuestro lado, y aun dentro de nosotros. En el corazón del hombre virtuoso habita un Dios (3). »

Además, el alma celeste del hombre probó, viviendo entre los hombres queda unida á su origen, así como el rayo que nos alumbra no está separado de su sol. Esta alma depende de Dios, le observa, recibe de él su fuerza; su padre es Dios (4); como él, vive en una alegría continua que nada puede interrumpir (5); como él, es feliz sin los bienes de la tierra. Las riquezas, el placer, ¿son bienes puesto que Dios no goza de ellos?

El hombre cumpla su destino; « imite á Dios (6). Forme dentro de sí mismo la imagen de Dios. Su imagen no es de oro ni de plata; de estos metales no se podría hacer nunca una cosa que se asemejase á Dios (7). El bien supremo solo consiste en poseer un alma recta y una inteligencia clara. El hombre debe sufrir con paciencia, porque Dios no es para él una madre ciega, sino que le ama extraordinariamente y como un padre. Nosotros vemos con cierto placer de admiración á un valiente joven que combate animoso con una fiera. ¡Espectáculo digno de niños! Pero el hombre de corazón que combate con la adversidad, es un espectáculo digno de Dios y cuya contemplación parece distraerle de sus obras (8). »

Ya que no otra cosa, esta filosofía no deprime al hombre; tiene el mérito que falta á tantos filósofos de colocarse en la parte de la balanza en que no vence nuestra naturaleza, y contrapesa todas nuestras debilidades, á las cuales otros creyeron mas cómodo añadir el peso de sus doctrinas. « No, Epicuro; no debe confundirse la virtud con el placer. La virtud es algo mas elevado, superior, real, inmutable, invencible; la voluptuosidad es baja, servil, frágil, miserable; habita en las tabernas y en los malos sitios. La virtud está en el templo, en el foro, en el tribunal, delante de las murallas, cubierta de polvo, con el rostro inflamado, las manos ca-

(1) *Quest. nat. prom.*, c. I, 1; III, 48; *De benef.* VI, 7, 23.

(2) *Ep.* 93.

(3) *Ep.* 41, 73.

(4) *Deus et parens noster.* *Ep.* 410.

(5) *Gaudium quod Deos deorumque amulos sequitur, nunquam interrumpitur.* *Ep.* 60. También S. Pablo, *Semper gaudete.*

(6) *Satis deos coluit qui imitatus est.* *Ep.* 95; y S. Pablo, *Estote imitatores Dei.*

(7) « Te quoque Deo finge dignum. Finges autem non auro nec argento: non potest ex hac materia exprimi imago Dei » similis. » *Ep.* 42. Compárese esto con estos de los Apóstoles, XVII, 29.

(8) *De Provid.* 2.

llosas; el placer se esconde, busca la oscuridad, está en los baños, en los salones, en los lugares que temen la vigilancia del edil; es afeminado, no tiene fuerza, despide perfumes, respira vino, está pálido por sus excesos, adornado, pintado (1). »

Tal es el fondo de esta moral; en los detalles se encuentran algunas cosas notables, y un sentimiento, puede decirse, de igualdad cristiana. « El espíritu divino puede estar lo mismo en el esclavo que en el caballero romano? ¿Qué quiere decir esclavo liberto, caballero? Nombres creados por la vanidad y por el desprecio. Desde el fondo de una cabaña el alma puede elevarse hasta el Cielo (2). La virtud no excluye ni al esclavo, ni al liberto, ni al rey. Todos los hombres son nobles, porque descienden de Dios: si en tu genealogía hay algun escalon oscuro, pasa sobre él; sube mas arriba, y en la cima encontrarás la nobleza mas ilustre; elévate á nuestro origen primitivo; todos somos hijos de Dios (3).

Ciceron decía mas severamente: « Es preciso ser justo hasta con las personas mas viles; la mas abyecta condicion es la de esclavo; pues debe tratarse como mercenarios, exigir sus servicios y proveerles de lo necesario. » Séneca usa un lenguaje muy diferente. « Son esclavos, decid hombres, decid comensales, decid á lo ménos nobles amigos, decid mejor compañeros de esclavitud, porque la fortuna tiene sobre nosotros los mismos derechos que sobre ellos.

» El que tú llamas esclavo nace del mismo tronco que tú: consúltale, admítete en tus conversaciones, en tu mesa; no trates de hacerle temible para él; bastete lo que le basta á Dios, respeto y amor. »

En fin, ¿qué filósofo antiguo, qué Romano principalmente ha tenido compasión del hombre, *cosa sagrada* cuando era arrojado á las fieras ó al hierro del anfiteatro? ¿Quién se habia atrevido á reprender al pueblo romano cuando *sin temor y sin cólera* mata solo por el gusto de ver matar? ¿Quién tenia sentimientos bastante humanos para decir, está bien que digáis: « Ese hombre arrojado á las fieras ha cometido un delito y merece la muerte; pero vosotros qué delito habéis cometido para que merezcáis ser espectadores de su suplicio (4)? »

Nobles ideas en verdad. Es muy bueno y muy fácil el exigir grandes sacrificios á la virtud humana; pero sería preciso hacer comprender que son necesarios: es muy bueno imponer deberes severos; pero sería necesario decir el motivo. Séneca es rígido con el hombre, pero no cree que nuestro valor sea falible; para nuestros padecimientos tiene consuelos

(1) *De vita beata*, 27.

(2) *Ep.* 31.

(3) *De benef.* III, 18, 29; *Ep.* 44.

(4) *Ep.* 7, 95.

que son peores que el mismo padecimiento. « ¿Eres desgraciado? ¡Valor! la fortuna te juzgó digno de ser adversario, te trata como ha tratado á los grandes (1). ¿Te llevan al suplicio? Ánimo: mira la cruz, el palo, todos los instrumentos del verdugo; pero mira tambien la muerte, la muerte te consuela (2). » Véase de qué extraña manera consuela á su madre en el destierro y lo mismo á todas las madres en sus dolores (3). Pero no se debe tener compasión del bueno (4); el sabio evita el tener compasión, porque la compasión es un mal; el sabio no tiene compasión, no perdona (5).

¿Y qué motivos tienen estas exigencias sobrehumanas? ¿Qué fundamento sostiene esta última hipérbola del heroísmo filosófico? No es la fe en la vida futura, sobre lo cual hay muchas dudas (6); sino una palabra, el principio de la virtud; el seguir nuestra naturaleza. ¿Es, pues, nuestra naturaleza la que nos manda la abnegación, el sacrificio; la que nos hace sufrir la pobreza, y temer el placer; la que nos prohíbe la piedad y llorar á nuestros hijos? Sin embargo, en otra parte, por una especie de revelación nos dice que « el hombre es demasiado despreciable si no se eleva sobre lo humano. » Habla de vencer á la naturaleza, y el tipo de su sabio está tan apartado de nuestra naturaleza que nunca existió sino en la mente de los filósofos. Ni Cleante, ni Cenon, ni aun Caton fueron sabios; todos los estoicos convienen en ello.

¡Contradicción viva, pero inevitable! Explicar la naturaleza humana, decir por qué el vicio, tan repugnante á nuestra razón, es tan adicto á nuestra naturaleza, tan contrario al bien de la sociedad y tan íntimamente unido á todos nosotros, es el escollo de toda la antigüedad: en otros puntos es ingeniosa y sublime, pero en este no sabe nada.

Será preciso presentar aquí todas las miserias del estoicismo, todos los pueriles refugios de una falsa virtud, las mil razones secundarias acumuladas para sostener una cosa que se cae en vez de estar cimentada en una razón fuerte y superior? « No temáis la pobreza; el pobre no tiene miedo á los ladrones. No lloréis á vuestros hijos; un dolor prolongado no es natural. La vaca á quien se quita el ternero muge un día ó dos; pero despues vuelve á sus pastos. El hombre es el único animal que gime largamente por sus hijos. »

¡Cuántas pretensiones y al mismo tiempo cuánta impotencia! Sabéis de dónde proviene la única pureza del estoicismo? Del orgullo; orgullo que llega hasta la impiedad. « La virtud

(1) *De Prov.* 3.

(2) *Ad Marciam consolatio.*

(3) *Ad Helviam consolatio.*

(4) *De Provid.* 1.

(5) *De const. sapientis; De Provid.* 3; *De Clem.*, II, 4, 5, 6.

(6) Véase la epístola 102, y el fin de la *Consol. ad Marciam.*

de Dios tiene una vida mucho mas larga que la del hombre; pero no mas grande. Júpiter no es mas poderoso que nosotros; tiene ménos valor; se abstiene de los placeres porque no puede gustarlos, y nosotros porque no los queremos; él está fuera de los padecimientos, nosotros estamos sobre ellos (1). »

Pero el orgullo, y el orgullo de la virtud puede elevar algun corazón extraordinario como el tuyo; pero nosotros almas vulgares, nosotros la plebe necesitamos un alimento mas material, una esperanza que pueda satisfacernos mas que esa orgullosa contemplación de nosotros mismos. Por esto, Séneca, tu filosofía será siempre la de unos pocos; ni tú, ni ninguno de tus maestros creasteis una doctrina popular. ¡Y os quejáis de que el pueblo os vitupere! Aristócratas de la inteligencia, ¿no sois vosotros los primeros en vituperar al pueblo, en hablar con desprecio de la multitud (οἱ πολλοί)?

Y sin embargo, habéis hablado algunas palabras á su inteligencia; os habéis dignado confiarle la ciencia de un gran remedio contra las miserias de la tierra; les habéis dicho que « no sufrirán sino lo que quieran; que Dios tiene abierta la puerta para cuando no puedan vivir ya en el mundo; que nada es mas fácil que morir. » ¿Por qué, pues, no morir hoy mismo? ¿Para qué tanto aparato de valor contra males que pueden evitarse todos de un golpe? ¿para qué tantos discursos heroicos, á los cuales puede suplir un lancetazo en una vena? Los poetas, mas filósofos que los mismos filósofos, habian tratado de alejar el suicidio; pero vosotros abristeis esa puerta y el siglo se precipita por ella. Pues si el acto heroico, el acto supremo del egoísmo, el suicidio que rompe todo vínculo, que aniquila toda obligación, que lo deja todo sin garantía alguna contra el hombre, si el suicidio es lo único que ha producido vuestra sabiduría, dejadme que la busque en otra parte.

Tu sabiduría, Séneca, no huye de las apariencias de la pobreza; hay días en que por un capricho de tu virtud, en medio de tus vanas riquezas tratas de experimentar la indigencia, durmiendo en el suelo, habitando el tugurio de un esclavo, viviendo con dos ases al día. Tú no te hubieras, pues, desdenado de ser aquel sencillo curtidor que fué á Roma en tus últimos años; un Judío de poca apariencia, de pobre elocuencia, de escaso saber; á través de los hierros de una prisión enseñaba á algunos Griegos y Judíos, y en su país habia sido azotado, aprisionado, perseguido; á quien vuestro señor Neron hizo por fin cortar la cabeza. Los doctores de la antigüedad hubieran despreciado á este idólatra. Tú, Séneca, amigo mas franco de la verdad, fuiste á escucharle y le viste comparecer ante Neron. ¿Y bien, qué fué lo que dijo?

Yo no te pregunto solo cuál era su moral; ¿qué son los preceptos si no tienen mas apoyo que la voz del hombre? Pero ¿qué fundamento

(1) *Ep.* 73; *De Provid.* 6.

daba á sus preceptos? ¿Cómo explicaba el contraste que forma el vicio de nuestra doctrina, entre nuestra razon que nos hace ver la bondad de la virtud, y la naturaleza que nos presenta tan cómodo el vicio? ¿Cómo fortalecía el interes de la sociedad sedienta de justicia, de moderacion, de piedad en los hombres contra el interes particular que los impulsa al hurto, á la iniquidad, á la satisfaccion de sí mismos? Y si el resolver este problema satisfacía los nobles instintos de tu espíritu, daba á tu razon pruebas mas evidentes que las demostraciones insuficientes de Pitágoras y de Platon... ¿Acudia al supremo remedio de la muerte voluntaria? ¿Y si para mantener el órden del mundo mejor que vosotros la prohibia, cómo retenia al hombre, á pesar suyo, en la sociedad que tiene necesidad de él y de la cual no tiene él necesidad alguna?

Este hombre, al principio de su vida, dirige su espada contra la nueva fe; despues de golpe, como una persona despertada de repente, discípulo de esta fe, prosélito nuevo y sospechoso habla á los Judíos mas alto que nunca, hace frente á su jefe, los hace entrar como por violencia en la novedad de su propia doctrina, los hace romper los últimos vínculos con la fe judaica, abjurar de sus prácticas ya sin objeto, de los símbolos, de la nacionalidad que abre sus puertas para recibir al mundo. Hace sentir á los que le oyen la doctrina del maestro á quien él no oye; proclama el Cristo, fin de la ley; hace que se cumplan sus palabras: « No pone nadie » remiendo de paño nuevo en vestido viejo; ni » nadie echa vino nuevo en odres viejos. »

Los Judíos no entienden este lenguaje y le rechazan; y él rechazará á los Judíos y tendrá abierto el mundo. Nacido para acelerar el cumplimiento de la divina palabra, sabe que el maestro dijo: « Este pueblo será desechado, y » su herencia dada á otro. » Y Pablo dice á los Judíos: « Vuestra sangre cae sobre vosotros; » paso á las naciones y á los demas discípulos. » Démonos la mano, dividámonos el mundo; » para vosotros los circuncisos, para nosotros » las naciones. » Y lleva su palabra á la Grecia, que comprende bajo el imperio de su civilizacion todo el Oriente. La antigua, humana, filosófica y religiosa Atenas no le rechazará; Pablo disputará en el Pórtico contra los filósofos, y llenará de Cristianos la infame Corinto; cubrirá de iglesias la Bitinia, la Macedonia, el Asia Menor y todos los puntos en que se habla la lengua de Homero.

Y este Apóstol que sufrió la contradiccion de todas las ciudades del imperio; este ciudadano romano que habló tan alto delante de los magistrados de Roma; este hombre que en prision, abandonado de los suyos, no tembló en presencia de Neron; este profeta que fué arrebatado por el Cielo, y vió lo que la lengua humana no puede pintar, ¿de dónde saca, Séneca, su fuerza? ¿Del orgullo como tú? ¿De la ciencia, de la riqueza, como tú? Al contrario; Pablo no

se glorifica sino en su debilidad, en su miseria: si se gloria de algo, es de ser despreciado é impotente; si se gloria es en la cruz de su maestro, porque su maestro ha muerto en un suplicio que apenas se atreven á nombrar, como dice uno de vosotros (1). Y á pesar de esto, ¿cómo se hace popular y tú no? ¿Cómo el hombre de ayer, sin predecesores, tiene ya mas discípulos que tú y elegidos entre los hombres mas entregados á los sentidos que al pensamiento? ¡Oh, si tuviese tiempo para desarrollar sus ideas! En la triste edad que describo hay tan poco consolador para la humanidad, es tan desoladora aquella agonía del mundo antiguo, que debería permitirle al historiador, para consuelo suyo, aun cuando no le fuese impuesto por verdad histórica, el echar una ojeada sobre el nacimiento de este nuevo mundo. Hoy me basta haber demostrado que desde el principio se colocan al lado del poder imperial de Calígula y de Tiberio, último fruto de la corrupcion antigua, los dos poderes que deben, uno derribarle, otro sustituirle, y ambos combatir sobre sus ruinas: el Cristianismo y la filosofía. El primero, nuevo en el mundo, hijo de una sola fe reciente, que presenta al mundo una doctrina mas completa que cualquiera otra; la segunda con su insuficiencia, con su contradiccion, con su desigualdad, con su debilidad, deja conocer que la poca parte de verdad que contiene la debe solo á la reflexion de aquel. ¿Cómo resolverá el Cristianismo los problemas que hemos enunciado? Quisiera decirlo, pero me detiene la extension del propósito; y por otra parte es la historia de cuatro siglos por lo ménos.

Ademas, en tiempo de Séneca la cuestion cambió de aspecto. Nosotros no somos ya tan orgullosos, no tenemos tanto orgullo con el poder humano, tanta confianza en nuestro valor, nos formamos una filosofía mas cómoda, y pretendemos seguir la naturaleza á nuestro modo, no á la manera de Séneca. La carne, este antiguo enemigo del Cristianismo, que le ha tenido tanto tiempo bajo sus piés, ahora se rebela, y en vez de crearla amiga de nuestra naturaleza, dulce y fácil soberana, la encontramos admirable, virtuosa, divina; no basta que nos dejen gozar, queremos que nos admiren y nos elogien porque gozamos; Bello progreso! De modo que la inteligencia ha trabajado por espacio de veinte siglos solo para fundar en el porvenir el reinado de la carne deificada.

Pero sigamos con los filósofos antiguos. Ya Séneca, tomando la palabra *carne* en su sentido cristiano, fué el primero que dijo que « en vez de hacer consistir en la carne su felicidad, el alma debe sostener con ella una gran batalla (2); » y Epitecto, pobre filósofo que ponía en práctica sus lecciones, miserable esclavo que se dejaba romper una pierna por su señor, dice en lenguaje cristiano: « Rompe los vínculos que te

(1) HERODOTO, III, 123.

(2) Ad. Marciam, 24; Ep. 74.

unen á todas las cosas, séparate de tu copa, de tu campo, de tus hijos, de ti mismo; recházalo todo; purifica tu intencion, no permitas que se una á ti nada que no te pertenezca verdaderamente, nada de eso que se adquiere por costumbre y no se deja separar sin dolor (1). » Segun Marco Aurelio, el cuerpo no es mas que polvo, huesos, podredumbre; estos filósofos despreciaban la carne tanto como los Cristianos.

Verdad es que no tenían la razon de su doctrina, no sabian decirnos el por qué; sus nociones eran vagas, ineficaces, escasas ó exageradas; la nocion cristiana, mal conocida y comunmente desfigurada, está mucho mas razonada y es mas pura. Esta distingue tres cosas: la materia exterior, la carne, en el sentido literal, esto es, nuestro cuerpo, y la carne, en el sentido místico, esto es, los vicios y la inclinacion al mal. El Cristianismo considera estas tres cosas desde su punto de vista constante, á saber, refiriéndolas á Dios. Frente á Dios todo es vil y pequeño ahora, el mundo es estrecho, la carne miserable, la inteligencia misma está separada de él por toda la distancia de lo finito á lo infinito; ¿quién puede dudar de esto? Por lo tanto el mundo, indigno por sí de amor ó de odio, es abandonado al hombre como una arcilla que está amoldada para su bien y sobre la cual escribe la superioridad de su inteligencia. El cuerpo del hombre, no pudiendo conocer á Dios, es inferior al pensamiento que lo conoce; por lo cual debe gobernarlo la inteligencia, sostenerlo, hacerle vivir, si no pierde sus derechos. En cuanto á la carne, esto es, á la inclinacion al mal, debe ser domada, abatida, combatida sin tregua.

Esta doctrina, que no hago mas que enunciar, evita á lo ménos los dos extremos que consisten en apocar la dignidad del hombre ó en exagerarla.

Volvamos á los pensamientos tiernos y graves del mundo naciente. Pablo, despues de sus pobres y laboriosos viajes al Asia Menor, á Macedonia, á Grecia, volvió á Jerusalem; fué encarcelado por los Judíos y puesto á disposicion del prefecto Félix. Despues fué enviado á Festo y últimamente á Roma; la tempestad le llevó á Malta, y en Puzzoli pisó la tierra de Italia. Sus hermanos de Roma le salieron á esperar á las tres posadas y al Foro de Apio, y juntos siguieron lentamente la via Apia franqueada de villas y de sepulcros.

En este doble distintivo reconoció la Italia. Aquí y allí, en medio de una campiña árida y cubierta de polvo, ó entre lagunas terciarias, no lejos de un palacio magnifico, un esclavo, con grillos en los piés, cultiva con disgusto una tierra que no es suya. El campo de los robustos Sabinos fué abandonado, segun la atrevida expresion de Séneca, « á manos encadenadas, á piés sujetos por los grillos, á rostros marcados; » el cultivo alegre y libre fué remplazado por el

servil y sin interes; el padre de familia por el esclavo de la tierra, que por la noche duerme encadenado en los subterráneos de la prision. Y no es esto solo. Los parques y las villas ocuparon el espacio destinado al arado; entre el trabajo negligente del esclavo y la estéril magnificencia del señor; entre el campo medio devastado por un azadon indolente y los jardines plantados á costa de inmensos gastos de árboles extranjeros é inútiles, el suelo del Lacio asolado por el capricho, aniquilado por el egoísmo, se negó á producir para el hombre y tomó un aspecto profundamente desolador. De trecho en trecho las peligrosas emanciones de sus lagunas, las ruinas de sus ciudades, son signos de la atonía de esta tierra que ya no alimenta á sus habitantes; y cuando al traves de esta llanura cubierta de polvo se interrumpe el silencio de las quintas y de las tumbas, en que tanto abunda, por la voz quejumbrosa del pastor esclavo ó por el ruido de los hierros que arrastran los siervos, conoce el viajero que está cerca de Roma, respira el aire de magnificencia, de servidumbre, de muerte que difunde esta ciudad á su alrededor. Poco á poco, en la línea recta y clara que limita el horizonte se ve aparecer la gran ciudad, reunion de edificios confundidos en una nube de humo; Roma, á quien Virgilio llama *rerum pulcherrima*, ciudad comun de todos los pueblos, abierta á todos (1), compendio del mundo (2), ciudad de las ciudades (3); Roma, cantada por los poetas, ensalzada por los oradores, maldecida y admirada por los filósofos, llamada con verdad por sus panegiristas ciudad eterna. Eterna, sí, no por la fuerza como ella pretende, sino por la inteligencia; no por las armas, sino por la palabra.

Á medida que se camina, Roma circunda al viajero, nace, se condensa, por decirlo así, á su alrededor; « se sabe dónde principia, mas no se sabe dónde concluye, en cualquier punto que uno se coloque puede creerse en el centro (4); » poco á poco las casas distantes unas de otras al principio, las quintas del rico, el tugurio del pobre, los esparcidos sepulcros, las casas aisladas se aproximan, se unen y se convierten en una ciudad. Desde el Pequeño Palacio, Roma se extendió sobre las siete colinas y despues por la llanura; pasó despues el Pomerio; construyó puentes sobre el Tiber, y ya al otro lado de este conquistó el Janículo, cubrió de techos el Vaticano y se fué extendiendo cada vez mas para encerrar, primero la Italia y despues el mundo, en lo que llama sus murallas. Extiende sus brazos de gigante hácia Aricia, hácia Tívoli, y especialmente hácia Ostia por aquel camino del mar recorrido continuamente por extranjeros que la llevan pan y placeres; á lo largo del Tiber, por donde el mundo desembarca en ella,

(1) ARISTIDES retórico.

(2) ATENEO.

(3) Polemón sofista ap. GALENO.

(4) DIONISIO; ARISTIDES.

(1) Ap. ARRIANO, Dis. IV, 4.

y Neron proyectó abrir á su alrededor un foso que hubiera abrazado el puerto de Ostia.

Roma no tiene un solo centro como las demas ciudades; es una ciudad solemne, monumental, pública, en la extension de tres ó cuatro millas; pero en el Foro es donde mas se siente la vida; todo el pueblo circula continuamente desde las casas al Foro, desde el Foro á las casas; en los demas sitios se habita, aquí se vive. La vida doméstica se busca lo ménos posible; los nobles y ricos habitan el barrio de las Carenas, sobre las colinas que dominan el Foro; los pobres en los fangosos laberintos de la Suburra ó mas allá en los arrabales del otro lado del Pomerio; á lo léjos las casas están distantes unas de otras, parecen ventiladas; pero mas cerca, á cada puerta del Pomerio acudió una ciudad entera, así como acude un enjambre á una colmena, y aumentándose aquellas ciudades de los arrabales, concluyeron por encontrarse y formar todas con Roma una sola ciudad inmensa. Mas hácia el centro, las casas son la imágen de una multitud de pueblo que se amontona, dejando apénas entre sí largas, estrechas, tortuosas é irregulares calles, acumulan piso sobre piso hasta la altura de sesenta piés, límite fijado por Augusto; sobre el último piso construyen aun el tejado, suelo ficticio abierto á la multitud. Y como á las casas acuden allí en tropel no solo los hombres, sino los pueblos, los dioses y las lenguas. Allí hay una ciudad de Capadocios, otra de Escitas, otra de Judíos; un ejército de soldados, un pueblo de cortesanos, un mundo de esclavos; y en mayor número aun una turba de gente sin nombre, sin estado, sin patria, de todas las razas y de todas las creencias; montruosa confusion de todos los elementos; pueblo romano, hijo casi todo de razas extranjeras; pueblo libre, casi todo en esclavitud; pueblo ocioso y afortunado que no posee mas que un sextercio, ni mas bien que el aire de Roma, el agua de los baños y de los acueductos, el sol del Campo de Marte y la generosidad de los emperadores. César y Augusto, para divertir á esta multitud de mil lenguas, le dieron histriones, que gritaban en todos los idiomas, y á la muerte del dios Julio que habia abierto las puertas de Roma á los extranjeros, al rededor de su hoguera, custodiada de dia y de noche por Judíos, todas las naciones fueron por turno á aullar, cada una á su manera, sus bárbaros cantos fúnebres.

Recojamos las voces de esta gran ciudad para comprender lo que es, en el momento que esta Babilonia, como la llama San Pedro, se retira por la noche. ¿Qué hace este pueblo? ¿cuál es su pensamiento? ¿cuál es su vida? Bastante hemos interrogado ya á las piedras, á los mármoles, á los bronce; interroguemos ahora al pensamiento humano.

La respuesta puede encerrarse en una sola palabra; ¡la esclavitud! propiamente dicha no solo es la base práctica de la sociedad, de modo que sin ella no habria ni República, ni fortuna,

ni familia, ni libertad tal como existe; sino que en todos los órdenes, en todos los grados hay una esclavitud mas disfrazada, tan real como aquella, y todas las relaciones sociales están modeladas con las que tiene el esclavo con su amo, así como en la edad média se modelaron por las del vasallo con su señor.

Para comprender esto bien, examinemos los cuatro órdenes de la jerarquía romana: el esclavo, el cliente, el súbdito y el César.

Ved al esclavo; no digo al esclavo predilecto de su señor, al cantante, al cómico ingenioso, al médico feliz, al preceptor erudito; ménos digo aun al juglar, al bufon, al eunuco, al músico, al improvisador, sino al pobre esclavo comun, plebeyo de aquella nacion doméstica que habita el palacio de un rico; aquel que perdido en tal multitud conoce apénas á su señor, y no es conocido por este; aquel que es comprado por 400 francos en el Foro, en el banco del tormento; al portero, inmóvil por su destino, y que se vende con la casa, incrustado, por decirlo así, en el muro de su cueva con una cadena á la cintura, así como el perro cuya choza está enfrente de la suya, ó al vicario, esclavo del esclavo; ó á aquel que de pié en la mesa de su señor en las noches de orgia tiene á su vista el palo pronto á castigarle por una palabra, por una sonrisa, por un estornudo, por un soplo (1); que arrastrándose á los piés de los embriagados bebedores, aspira los innobles restos de su intemperancia; ser tan despreciado que para no profanar su palabra, el señor no le habla comunmente mas que por señas, y en caso de necesidad por escrito (2); verdadero animal que vive entre azotes y prisiones, que en la mas pequeña indagacion judicial el señor le envia sin dificultad al tormento, á condicion de que si muere en ella se le pague su precio (3).

Oprimido por toda la ignominia doméstica y por todo el desprecio legal, segunda especie humana, segun el derecho (4), no es ya un hombre ni una inteligencia, sino una cosa. Si le matan, lo mismo que á un buey ó á un caballo, le es pagado al señor. Es verdad que la generosidad del señor viene en su auxilio, y contra la ley que le prohíbe el matrimonio, le permite un casi-matrimonio, un concubinato (*contubernium*); ilegal y pasajera union, que el señor concede algunas veces solo por dinero. En cuanto á sus hijos, ó mas bien en cuanto á los hijos de su concubina, ya que el derecho no reconoce la paternidad entre los esclavos, son un animal doméstico mas, una propiedad incontestable del señor: solo se disputó si debian pertenecer al usufructuario. Verdad es

(1) SENECA, Ep. 47.

(2) Tácito hace decir al liberto Paladio: « Nil unquam se domi nisi nutu aut manu significasse, vel si plura demonst. » tranda essent, scripto usum, ne vocem consociaret. » Ann. XIII, 23.

(3) PABLO, Sent. lib. XVI, § 3.

(4) FLORO, III, 20.

tambien que á pesar de la ley que no reconoce en el esclavo ninguna propiedad, el señor consiente que despues de muchas vigiliias y ayunos voluntarios, y trabajos fuera de los trabajos ordinarios de la casa, se reserve alguna parte del dinero que gana en su industria, y tenga una especie de propiedad ilegal, y no pueda disponer de ella sino por un casi-testamento, salva siempre la aprobacion del señor; y en seis años, si es laborioso y sobrio, y siempre si quiere el señor, puede rescatarse. Pero será preciso que sufra y trabaje; que se procure por el hurto y la disolucion el dinero que no puede sacar de la industria; pero necesitará renunciar al juego, en el cual mientras el señor goza del festin, los esclavos que esperan juegan á los dados, murmuran de él y cenan por dos ases; será preciso tambien que con este mísero peculio compre la futura generosidad del señor con regalos el dia de su santo, regalos por la boda de su hijo, regalos por la boda de su hija. Y se aprovechará de todo esto, si en el intervalo no le ha vendido el señor, reservándose el peculio que le pertenece de derecho; si alguna cláusula de su compra ó del testamento porque adquirió al esclavo, no interdice la emancipacion; si el señor cumple su palabra, si las leyes enemigas y celosas de la emancipacion (1) no le impiden, el esclavo podrá ser libre. ¿Y si le parece muy largo el tiempo que ha de esperar? ¿huirá? Todo se pone en movimiento para alcanzarle; prender á un fugitivo es un asunto de Estado; todo el mundo civil corre detras de él; los *fugitivarios* destinados á este objeto le cogerán bien pronto y le entregarán á su señor; y la letra F con que le marcan con un hierro candente, advertirá que hay que guardarle bien.

En cuanto al término de su vida, el estanco de Craso que engorda sus morenas con hombres vivos, ó el de Vedio Polion que los arroja un esclavo por haber roto una taza de cristal; las cruces infames siempre levantadas y los cuerpos abandonados en la puerta Esquilina le advierten que no debe ofender la omnipotencia del señor. Si llega á envejecer, en el Tiber hay una isla adonde son abandonados á la merced de Esculapio los esclavos enfermos ó delicados. Por otro lado, el antiguo Caton, cuya sabiduría se admira, decia: « Sé buen traficante: vende tus esclavos y tus caballos cuando sean viejos. » Y se revendian por unos cuantos sextercios á unos amos mas pobres y por lo tanto mas exigentes, hasta que un dia su cuerpo, arrojado de su estrecha celda, sea sepultado por sus compañeros de esclavitud en cualquier rincón difamado de las Esquilias.

Y el opulento Romano en medio de esta multitud enteramente suya, de ciento, mil y hasta diez mil esclavos (2), tiembla siempre por su

(1) *Libertates impediendam et quodammodo invidiam. Jus. tin. Instit.*

(2) « Demetrio, liberto de Pompeyo, que no tuvo vergüenza

propia vida. Unos velan custodiándole en la puerta de la calle; otros en los corredores; los cubilarios defienden la entrada de su cuarto; pero ¿quién le defenderá de sus propias guardias? Oid: el Foro está turbado; el pueblo conmovido, casi en rebelion, se agrupa en las escaleras del Senado; ved pasar una multitud de condenados, hombres, mujeres, niños, hasta cuatrocientas personas. Un consular ha sido muerto por un esclavo suyo, á causa, dicen, de una rivalidad de amor infame; y segun la ley, cuantos esclavos habia bajo su techo, culpables ó inocentes, son condenados á muerte. Pero aunque romano, el hombre siempre es hombre; el pueblo se enternece y se opone á los lictores; en el mismo Senado, á pesar de la gran admiracion de Tácito, algunos espíritus débiles se horrorizan de la ejecucion de esta terrible ley. Pero un anciano romano, profundísimo en la ciencia de lo justo y de lo injusto, el jurisculto Casio, trata de rechazar á estos innovadores, y de dar fuerza á las buenas y santas leyes de sus antepasados: « ¿Buscaremos nosotros las razones de esta ley cuando la han proclamado nuestros antepasados mas sabios que nosotros? Entre cuatrocientos esclavos ¿es posible que ninguno haya sospechado, que ninguno haya sentido, que ninguno haya visto al criminal? ¿Ninguno le ha detenido y vendido?... » Y siguiendo esta dialéctica que estuvo siempre en uso entre los sofistas de todas las crueldades: « Vosotros decís que perecerán inocentes. Cuando á un ejército le falta el valor y es diezmado, los valientes y los cobardes sufren la misma suerte. En todos los grandes ejemplos hay algo de injusto; pero la iniquidad que se comete respecto de algunos queda compensada por la utilidad de todos (1). » Palabras notables que compendian toda la antigüedad. Tambien Caifas decia: *Conviene que perezca un hombre por todo un pueblo.*

Veamos ahora la historia de otro esclavo. Entre las irregulares casuchas del Aventino, entre las amontonadas casas que se introducen en el Tiber y que este arrastra en sus inundaciones, en la tortuosa é infecta Suburra hay enormes *istas* de siete y ocho pisos que se alquilan. Allí habitan todas las miserias, todas las corrupciones romanas; allí en sucias y oscuras tabernas, un pan plebeyo, vino caliente, y cabezas de carneros alimentan al mendigo del puente Sublicio, á la haraposita meretriz, al gramático desgraciado, al *Gréculo* hablador, adulador, poeta, caballero de industria, al expósito que imposibilitado voluntariamente pide limosna en provecho de un señor, traficante en miserias humanas; en suma, á todos los que el orgullo aristocrático de los Romanos llamaba *tenuis, ignobilis, tunicatus, tribulis.*

de ser mas rico que Pompeyo mismo, hacía pasar lista como un general todas las tardes á sus esclavos; el que hubiera debido considerarse feliz con tener dos vicarios y una celda un poco mayor. SENECA, De tranquil. animi. 8.

(1) Tácito, Ann. XIV, 42, y seg.